

Historia personal de Chillán Viejo

Por Jaime Gómez Rogers (Jonás)

Sucedió la última noche que alojé en Chillán, cuando el encuentro literario ya finalizaba. Comimos aquella vez en un restorán cercano al Mercado y, a la hora del bajativo, embriagados de tanta amistad y algo de vino, nos pesaba que la fiesta finalizara así, en la niebla delgada que esa noche caía. Yo tenía conocimiento de que el poeta Sergio Hernández solía ir a la estación de trenes a beber una copa y escribir poemas, puesto que era un lugar de alta poética.

Hace casi veinte años, llegué a Chillán un invierno que terminaba con lluvias y flores madurando en la plaza. Me alojaba, con mi mujer, en un hotel que estaba situado cerca de la estación de trenes. Y, participando de un encuentro donde me invitó el "Grupo Añel", dirigido por Carlos René Ibacache, habíamos compartido algunos poemas y amigos que conocí en la oportunidad, leyendo algunos poemas y dialogando con otros escritores invitados. De aquellos días, tengo excelentes recuerdos y grato afecto en mi memoria. Pero hay un acontecimiento que marcó de una forma muy peculiar el recuerdo de esos días.

Sucedió la última noche que alojé en Chillán, cuando el encuentro literario ya finalizaba. Comimos aquella vez en un restorán cercano al Mercado y, a la hora del bajativo, embriagados de tanta amistad y algo de vino, nos pesaba que la fiesta finalizara así, en la niebla delgada que esa noche caía. Yo tenía conocimiento de que el poeta Sergio Hernández solía ir a la estación de trenes a beber una copa y escribir poemas, puesto que era un lugar de alta poética. (Comentario éste escuchado en Santiago a los poetas Rolando Cárdenas y Jorge Teillier, en una mesa de "La Unión Chica"). Y tenía la intención de ir a aquel lugar a sentir o a averiguar lo que el poeta Hernández sabía. Pero René Ibacache nos había encomendado a un poeta joven, a modo de chaperón, para que nos dejara al otro lado de la puerta del hotel donde pernoctábamos. Inútilmente traté de despistarlo escondiéndome detrás de unos arbustos en la plaza. Cumplió cabalmente su tarea. Pero yo tenía metido en la cabeza el asunto, así que apenas se marchó salí camino a la estación, dejando a mi mujer acostada y durmiendo. Eran las dos de la mañana.

Pedi una caña de vino tinto sureño. Y esperé. Trataba de mirar con los ojos de Sergio Hernández. Lo que vino, sucedió todo como dentro de un extraño sueño: Se me aproximó un tipo joven y, sin problemas, al cabo de unos minutos ya lo sentía mi amigo. Me invitó a tomar unas copas a una casa donde habría preciosas mujeres. El andaba en vehículo, me dijo. Por supuesto que acepté. Y salimos. Enorme fue mi asombro cuando me mostró su vehículo: Una bicicleta. (Yo pensaba en Hernández). Me parecía absurdo. Pero también poético. Poética del absurdo. Me senté en el fierro.

El hombre pedaleaba con destreza. Y al pasar una línea del tren, vi de pronto unos árboles enormes, vi sombras. Y una sensación no



conocida de la noche. Fue como un relámpago en el cerebro. Inmediatamente sentí la hoja del cuchillo en la garganta. Y oí su voz muy pegada a mi oído: Si quiero, te puedo matar, me dijo. ¿Sabís? - Bueno. Pero, si me matas, me vas a robar una mierda. Y voy a caer preso. - Te doy toda la plata que tengo. - Pero, hagamos un trato: Con esa plata vamos a esa casa que me dijiste. Y yo manejo la bicicleta. ¿Bueno? - Así sucedió. Con ninguna pericia yo pedaleaba, y el tipo me parecía un saco apesadado. Pero todavía le sentía amigo. Bueno. Llegamos a esa famosa casa. El pedía combinados, como loco. Buscamos con unas gordas de colorado y pelo teñido:

De repente ¿Y tu amigo? - alguien empezó a preocuparse por la cancelación de los tragos. Además, habíamos bullado con todas. Yo comprendí y dije que él estaba al lado de afuera y salí, como llamándolo, un poco, gritándole. Y luego apreté sombras como jamás lo había hecho. Llegué al hotel sano y salvo. Con mi carne y otros documentos. Y sin un peso.

Mi mujer, media dormida, me alivió contándome que tenía en su cartera dinero para el pasaje de vuelta. (Al otro día zarparamos).

Desde Rancagua, le envié a Ibacache un poema que publicó en la revista "Cauce". Se llamaba "Chillán" y en una parte decía: "Si se me apareciera una sombra en Chillán Viejo/ todo le diera a esa sombra/ por volver a Chillán..."

Historia personal de Chillán viejo [artículo] Jaime Gómez Rogers.

Libros y documentos

AUTORÍA

Jonás, 1940-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Historia personal de Chillán viejo [artículo] Jaime Gómez Rogers.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)